

AVELINO ARREDONDO
DIVERSAS FICCIONALIZACIONES DE UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO



Alma Bolón

1) CERROS Y CERROS

*“Del cerro de la bahía pasó una vez
al cerro del escudo y se quedó dormido.”*

Con este tránsito de un cerro a otro, el narrador de “Avelino Arredondo” (1975) cuenta cómo concilia el sueño su protagonista, el joven Avelino Arredondo, una de las noches previas al 25 de agosto de 1897, fecha en la cual el muchacho ejecutará al presidente Idiarte Borda a la salida del Te Deum celebrado en la Catedral de Montevideo.

El paso último, del cerro de la bahía al cerro del escudo, concluye y altera irremediabilmente una enumeración de apariencias bastante homogénea:

Entonces dejó errar su imaginación por la dilatada tierra oriental, hoy ensangrentada, por los quebrados campos de Santa Irene, donde había remontado cometas, por cierto petiso tubiano, que ya habría muerto, por el polvo que levanta la hacienda, cuando la arrear los

troperos, por la diligencia cansada que venía cada mes desde Fray Bentos con su carga de baratijas, por la bahía de La Agraciada, donde desembarcaron los Treinta y Tres, por el Hervidero, por cuchillas, montes y ríos, por el Cerro que había escalado hasta la farola, pensando que en las dos bandas del Plata no hay otro igual. Del cerro de la bahía pasó una vez al cerro del escudo y se quedó dormido. (64)

Antes de caer dormido, Avelino detiene su andar de un lugar a otro: permanece en el mismo espacio, aunque transita de un modo de ser “realidad” (el cerro de la bahía) a un modo de ser “representación” (el cerro del escudo). La representación (el cerro del escudo) funciona como frontera entre el mundo de la vigilia y el mundo del sueño.

En este trabajo¹, también permaneceremos en un único espacio constituido por la ejecución de Idiarte Borda a manos de Avelino Arredondo, y también transitaremos de un modo de ser “realidad” (el acontecimiento histórico, accesible a través de fuentes no literarias: periodísticas, biográficas, jurídicas, historiográficas) a un modo de ser “representación” (el acontecimiento literario, accesible a través de la ficción de Borges).

En particular, entre las fuentes no literarias, he consultado prensa de la época -*El Día* y *La Razón*-; el alegato de Melián Lafinur, abogado defensor de Avelino Arredondo, publicado en 1898 como folletín y vendido a 10 cts.; la biografía de Idiarte Borda escrita por sus hijas y los *Anales* de Eduardo Acevedo. La elección de estas dos últimas obras sigue lo recordado por E. Rodríguez Monegal a propósito de las fuentes del cuento “Avelino Arredondo”². En cuanto al alega-

¹ Con alegría, agradezco aquí la ayuda prestada por Leonardo Lisi, Patricia Willson e Iván Almeida.

² Cuenta E. Rodríguez Monegal en “Borges, la traza de la novela”: “La última vez que estuve con Borges en Buenos Aires (agosto 1971), lo acompañé en taxi a la Biblioteca Nacional de la que todavía era director. En el camino me hizo algunas preguntas sobre el asesinato del presidente uruguayo, Idiarte Borda, al salir de un Te Deum en la catedral de Montevideo, en 1897. Yo recordaba mal la historia: apenas la composición gráfica del pistoletazo dado de frente en plena calle Sarandí. Le sugerí que buscáramos en la biblioteca los *Anales Históricos del Uruguay*, de Eduardo Acevedo, y la biografía del Presidente por sus hijas. Así lo hicimos. Borges me pidió que le leyera algún párrafo, porque pensaba escribir un cuento sobre el tema.”

to de Melián Lafinur, su consideración se justifica en que fue también fuente para Borges, como mostraré más adelante.

Sin embargo, también, al igual que cualquier lector de "Avelino Arredondo", constataremos el grado de ilusión de esta distinción. En efecto, el *cerro de la bahía* por el que pasa Avelino existe únicamente como representación de su errante imaginación, como pura representación de su fantasía, de igual modo que el *cerro del escudo*. Si el *cerro del escudo* es representación del *cerro de la bahía*, el *cerro de la bahía* por el que Avelino pasa con su imaginación es representación del *cerro de la bahía*.

De manera semejante, el tránsito entre las fuentes no literarias del acontecimiento y la fuente proporcionada por la ficción borgesiana no implicará una confrontación entre "la realidad" y "su representación", sino que supondrá el cotejo de representaciones de un acontecimiento, únicamente pensable bajo esa condición.

Este cotejo permitirá apreciar los dispositivos de que se sirve Borges en su narración "Avelino Arredondo", para compensar y modificar el lugar que la sociedad uruguaya atribuyó tanto al acontecimiento como a su protagonista.

"Avelino Arredondo" es un cuento que integra *El libro de arena*, publicado por primera vez en 1975. Borges, setentón, se interesa por un "asesinato político" sucedido en la otra Banda, dos años casi exactamente antes de su nacimiento: Borges nace el 24 de agosto de 1899, Avelino ejecuta a Idiarte Borda el 25 de agosto de 1897.

En el epílogo de *El libro de arena*, Borges intenta explicar su atención a este acontecimiento:

Pese a John Felton, a Charlotte Corday, a la conocida opinión de Rivera Indarte ("Es acción santa matar a Rosas") y al Himno Nacional Uruguayo ("Si tiranos, de Bruto el puñal") no apruebo el asesinato político. Sea lo que fuere, los lectores del solitario crimen de Arredondo querrán saber el fin. Luis Melián Lafinur pidió su absolución, pero los jueces Carlos Fein y Cristóbal Salvañac lo condenaron a un mes de reclusión celular y a cinco años de cárcel. Una de las calles de Montevideo lleva ahora su nombre.

Bien curiosa resulta esta explicación, en la que el rápido caratulado ("asesinato político") y contundente condena ("no apruebo") pa-

recen justificar mucho más el olvido del asunto que su remembranza a través de un cuento. Por sonar muy poco probable una voluntad militante de Borges -del tipo: recordemos lo malo para que nunca más se repita-, caben otras especulaciones acerca de este párrafo del epílogo.

En esas líneas, además de ese curioso abogar por la contraria, aparece, por lo menos, una gruesa inexactitud. Me refiero a la afirmación según la cual una de las calles de Montevideo lleva el nombre de Avelino Arredondo. En una primera aproximación podría pensarse que se trata por parte de Borges de una confusión involuntaria³. Sin embargo, una consideración más detenida permite descubrir un error calculado, ya que a Borges le constaba, por su lectura de la obra de las hijas de Idiarte, que el proyecto de bautizar una calle con el nombre de Avelino Arredondo, proyecto presentado en 1931 a la muerte de éste, no había contado con los votos suficientes⁴, por lo tanto ninguna calle montevideana había logrado llevar su nombre. La afirmación borgesiana, a sabiendas errada, nuevamente revela su contraria a quien la busque, a saber, el absoluto olvido que envolvió a Avelino: no solo no hay calle alguna que lleve su nombre, sino que éste no evoca absolutamente nada para la mayoría de los uruguayos.⁵

Por esta vía, el razonamiento un tanto incomprensible “pese a Charlotte Corday, no apruebo el asesinato político y por lo tanto (o sin embargo) escribí sobre uno”, encuentra una nueva congruencia: “pese a que no apruebo el asesinato político, el recuerdo de Bruto, de Felton, de Charlotte, debe perpetuarse, por lo tanto, escribí sobre

³ En los registros de la oficina de Nomenclatura de la Intendencia de Montevideo no figura, en ningún momento del siglo XX, calle alguna que lleve el nombre de Avelino Arredondo. En cambio, sí figura la calle Horacio Arredondo, lo que podría explicar, a un lector desprevenido, una confusión involuntaria por parte de Borges.

⁴ Aunque las hijas de Idiarte Borda no reproducen (“por decoro nacional”, explican) los fundamentos de la moción presentada a la muerte de Avelino por César Batlle Pacheco, dan abundantes detalles de la iniciativa, sobre la que volveré más adelante.

⁵ En ese sentido, el recuerdo de la ejecución evocado por E. Rodríguez Monegal es ilustrativo: una escena en la cual “el pistoletazo” parece borrar tanto al ejecutado como al ejecutor.

Avelino, un personaje de semejante linaje, y manifiestamente olvidado por los uruguayos”.

Con esta operación típicamente borgesiana -insertar lo más propio y familiar en una tradición universal- el oriental Avelino Arredondo es recordado y restituido a un linaje de héroes, independientemente de la opinión siempre perecedera que merezcan sus heroicidades, de perdurable memoria siempre. Por cierto, esta operación, que aparece condensada en el comentario sobre “Avelino Arredondo” que Borges hace en el epílogo de *El libro de arena*, se confirma y se despliega, a mi entender, en el texto del cuento mismo.

El deambular de Avelino por el cerro de la bahía y su posterior pasaje al cerro del escudo podría ser entonces entendido como su entrada en un espacio celebratorio de la fortaleza militar, de la defensa, de la heroicidad, virtudes figuradas por el cerro en el escudo uruguayo. Al conciliar el sueño, esa peculiar prefiguración del morir, Avelino entra en el espacio de la representación de lo heroico.

Puede decirse que esta operación realizada por Borges con el personaje es la exactamente opuesta a la que realizó el alegato de la defensa de Avelino. El alegato de Melián Lafinur, sobre el cual volveremos, apuntó a la disolución de la heroicidad del acusado. Algo similar puede observarse en la prensa uruguaya o, por lo menos, en *El Día* de Batlle y Ordóñez y en *La Razón* de Carlos María Ramírez que, como quedó dicho antes, fueron las dos fuentes periodísticas consultadas. Allí donde la representación que hace Borges trabaja para la inserción en una memoria universal, la representación de *El Día* y *La Razón* trabaja para el borramiento en el olvido doméstico.

En la Biblioteca Nacional de Montevideo existe una traza material (quizás apenas un síntoma: poco importa el estatuto de la cosa) de esta operación de borramiento: quien quisiere consultar los microfilmes que contienen los números de *El Día* correspondientes al año 1897, comprobará que éstos se interrumpen entre el 20 y el 31 de agosto, momento a partir del cual el tema cae en el olvido. De igual modo, falta el ejemplar en papel de *La Razón* correspondiente al día

26 de agosto de 1897⁶. La desaparición física de los periódicos que tratan la ejecución de Idiarte Borda por Avelino Arredondo parece ser huella de su posterior borramiento del imaginario nacional. Intentaré mostrar cómo esa desaparición ya comienza a consumarse desde las primeras representaciones que la prensa ofrece del acontecimiento. Previamente, haré un breve esbozo del Avelino Arredondo de Borges.

2) “AVELINO ARREDONDO”, PERSONAJE DE J. L. BORGES

“...debían dejarse de guerras y de sonceras, que las cosas no estaban como para esas bromas.” (El Día, comentando tratativas de paz de un enviado confidencial de Idiarte Borda a Buenos Aires, 7/1/97).

Quizás se recuerde que el cuento “Avelino Arredondo” narra el período de la vida de Avelino previo al 25 de agosto de 1897, día en que el muchacho ejecuta al presidente Idiarte Borda. La narración concluye en el momento en que, magnicidio mediante, Avelino se convierte en personaje público. Por lo tanto, Borges relata la preparación de ese acto, la cual consistió en la reclusión estricta del futuro ejecutor en el cuartito del fondo de su propia casa, encierro al que voluntariamente se sometió a sí mismo el propio Avelino. Borges imagina un Avelino que elige la soledad, el aislamiento, el encierro: una forma de purga y de ascesis previas al acto que cumplirá. Naturalmente, llama mucho la atención esta especie de inversión cronológica, puesto que el encierro de Avelino fue posterior, cuando debió purgar la pena carcelaria. Lo cierto es que la narración de Borges presenta a un Avelino profundamente solo, atributo que escudriñaremos más adelante.

Es de claro interés el juego textual que se instaura entre el respeto por los datos y los pormenores que Borges conoció gracias a las lec-

⁶ No sucede lo mismo en la sala de periódicos de la biblioteca del Palacio Legislativo, donde se conservan los señalados números que faltan en la Biblioteca Nacional. No obstante, en la biblioteca del Palacio no se mantuvo colección del diario *La Razón*.

turas señaladas por Rodríguez Monegal y la inflexión que imprime a esos datos, lo que redundaba en la construcción de un Avelino heroico.

Así por ejemplo, la proximidad del arzobispo Soler en el momento en que Idiarte es abatido:

- “El Excmo. Señor Arzobispo, que marchaba a su lado en el séquito, dio al señor Presidente de la República la Absolución y escuchó sus últimas palabras que fueron: *Estoy muerto.*”, dice el parte policial del Jefe Político y de Policía, que las hermanas Idiarte reproducen.
- “[Avelino Arredondo] Preguntó cuál era el presidente. Le contestaron: -Ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo.”, dice Borges.

Explicablemente, la proximidad del arzobispo aparece según una doble perspectiva: según la perspectiva de Idiarte Borda, para el parte policial; según la de Avelino, para Borges, que presenta un presidente “ya” ausente, puesto que al preguntar por él, Avelino recibe detalles identificatorios de quien camina a su lado.

Una tercera perspectiva, también explicable, pone de manifiesto *El Día* del 26 de agosto: “[Idiarte Borda] conversaba sosegadamente [con el arzobispo] tal vez sobre la fiesta que se estaba realizando con tan poco éxito”.

Congruentemente, *El Día* no tiene empacho en ficcionalizar la escena, imaginando el posible tema de conversación de Idiarte y Soler, y dejando en una especie de esfumado artístico si ambas personalidades conversaban sosegadamente “sobre la fiesta que se estaba realizando” o “sobre la fiesta que se estaba realizando con tan poco éxito”, opción ésta que suavemente se deleita con la conciencia de fracaso en el inminente ejecutado.

Igualmente, y como era quizás previsible, Borges retoma la exclamación -particularmente arcaizante y teatral- que inclusive la prensa extranjera atribuyó a Idiarte: “Estoy muerto” dice *La Razón*; “¡Dios mío! ¡Me han muerto!” dice *El Día* que dijo el *Daily News* de Londres que dijo el arzobispo Mariano Soler que dijo Idiarte.

“Idiarte Borda dio unos pasos, cayó de bruces y dijo claramente: Estoy muerto”, escribe Borges, inspirándose en el parte policial citado por las hermanas Idiarte Borda (cf. supra). En Borges, la teatralidad del episodio es subrayada por el “claramente”, adverbio rara-

mente vinculado al morir, o al decir muriendo, o al morir diciendo, pero propio de (obligatorio en) cualquier actor abocado a morir en escena. La tragicidad /teatralidad del occiso instala una dimensión - la mimética, en términos aristotélicos- particularmente poblada de héroes.

De manera semejante, el detalle que revela el desconocimiento personal que tenía Avelino de su inminente víctima (detalle cargado de significados sobre los que nos detendremos más adelante) y que no pasa inadvertido a Borges ⁷ (“[Avelino Arredondo] Preguntó cuál era el presidente. Le contestaron: -Ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo.”, dice el cuento borgesiano), es relatado por el parte policial del Jefe de Policía, que las hermanas Idiarte reproducen:

La banda presidencial fue fácil blanco para el asesino; este individuo que no conocía al primer Magistrado, preguntó a una persona que se hallaba en la vereda cerca de él, cuál era el Presidente, “el de la banda”, le contestó.

El parte policial muestra un presidente reconocible y atacable por su republicano atributo -la banda-, mientras que Borges muestra, como dije antes, un presidente ya tan poco presente que solo es reconocible a través de los eclesiásticos atributos -báculo y mitra- de quien lo acompaña.

En otros casos, un minúsculo desliz en el detalle trae consecuencias de considerable significado. Así por ejemplo, según *El Día*, Avelino durante cinco años había sido “dependiente del almacén” situado en “la calle Misiones esquina Reconquista”. Las hijas de Idiarte refieren que, según propia declaración de Avelino, “se encontraba sin trabajo desde el 1º de Febrero que había dejado el almacén de la calle Misiones esq. Reconquista, donde era peón.” (469)

⁷ En el ya citado artículo, dice Rodríguez Monegal: “[Avelino Arredondo] conocía tan poco al Presidente que debió pedir a la persona que estaba al lado que le dijese cuál de los señores que avanzaban por la calle era Idiarte Borda. “El de la banda presidencial”, le contestaron, y sobre la banda disparó. Borges escuchaba con paciencia mi lectura (...)”.

Para Borges, Avelino, “Dependiente de una mercería de la calle Buenos Aires, estudiaba derecho a ratos perdidos.” Dejando provisoriamente de lado otras ínfimas (y menos ínfimas) variaciones que aquí aparecen, podría interpretarse que Borges, al situar el lugar de trabajo en la calle Buenos Aires, en vez de la calle Misiones, hace ganar rioplatensismo a Avelino, al tiempo que incluye Buenos Aires dentro de Montevideo.

Sin embargo, fuera de este diminuto juego de diferenciación, que termina subrayando la identidad de todos los Avelinos posibles - todos los héroes son el héroe-, el texto de Borges otorga dimensión universal a lo que es achatado, trivializado o descalificado por los otros textos.

Así por ejemplo, *El Día* señala: “Avelino Arredondo era sumamente aficionado a la lectura de libros y periódicos, manifestando marcada predilección por las novelas españolas”.

Por su parte, el texto de María Esther y Celia Idiarte afirma: “Analfabeto, aprendió a leer y a escribir en la cárcel” (469).

En cambio, Borges apunta:

No le quedaba más que una Biblia, que nunca había leído y que no concluyó. La cursó página por página, a veces con interés y a veces con tedio, y se impuso el deber de aprender de memoria algún capítulo del Éxodo y el final del Eclesiastés.

Se destaca así, nítidamente, la distancia entre uno y otro Avelino lector: un Avelino genéricamente aficionado a “la lectura”, con cierta predilección por la novela española decimonónica, y un Avelino cuya voluntad se tensa para aprender de memoria parte del Éxodo y del Eclesiastés. Coincide con esta condición letrada del Avelino de Borges -héroe de la estirpe de los héroes letrados, como Alejandro⁸, como don Quijote- su calidad de estudiante de derecho (cf. supra “estudiaba derecho a ratos perdidos”). Entre el analfabeto, o mero aficionado a “la lectura”, y el héroe letrado se consolida una distancia que la índole de las lecturas del Avelino borgesiano confirma.

⁸ Borges gusta recordar que el discípulo de Aristóteles dormía sobre la espada y una *Ilíada*.

En efecto, como señala Iván Almeida en este mismo número (183), en las lecturas bíblicas de Avelino, se produce una conjunción entre dos modalidades del tiempo. Observa Almeida:

Un lector medianamente informado de la Biblia, reconoce ese tipo de conjunción en los dos libros que Avelino trata de aprender de memoria: el *Éxodo* es el libro escatológico y político por excelencia (...), y el *Eclesiastés* es el libro del escepticismo individual, el de la inutilidad de todo proyecto, porque todo posee la circularidad de lo vacío o de lo eterno. Las últimas palabras de Qohelet, que Avelino se repite, dicen: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", y "advierte hijo mío que hacer libros es un trabajo sin fin, y que mucho estudio fatiga el cuerpo" (...).

Almeida muestra cómo la tensión entre *estar en el mundo, en la acción / estar en la eternidad, en la inacción* aparece también, en la narración de Borges, a través de la figura de dos aguas: el agua de la corriente inexorable y el agua tranquila del aljibe.⁹

Según la lectura que vamos haciendo, es el propio Borges quien descubre en Avelino Arredondo cierta forma de eternidad -tiempo del héroe, tiempo del canto, tiempo del héroe cantado por el canto¹⁰,

⁹ Cito a Almeida: "Desde el punto de vista temporal, se trata de la conjugación polémica entre un tiempo lineal y un tiempo circular. Es una espera en cierto modo "escatológica" ("Esperaba la fecha como quien espera una dicha y una liberación"...todas las noches, al oír las doce campanadas oscuras, arrancaba una hoja del almanaque y pensaba un día menos". "El día veinticinco de agosto... se dijo con alivio: Adiós a la tarea de esperar. Ya estoy en el día"), pero vivida como negación de la espera ("Había parado su reloj"), mediante la ritualización de gestos y el anhelo de vivir como un sapo en un pozo redondo, "sin tiempo". La "rutina" de la jornada y la recursividad de la semana conforman su modo de espera: "Sus días y sus noches eran iguales, pero le pesaban más los domingos". El tiempo aparece bajo la figura de dos aguas, la de la corriente inexorable, que "fluye aguas abajo, como por una leve pendiente", y que le hace, de vez en cuando retomar "otra vez la impaciencia", y el agua quieta del aljibe, "que linda con la eternidad"" (182-183).

¹⁰ Seguimos aquí la interpretación que hace Jean-Pierre Vernant acerca del héroe griego: "Si Aquiles elige morir joven, no es porque dé preeminencia a la muerte sobre la vida. Al contrario, Aquiles no puede aceptar caer, como cae cualquiera, en la oscuridad del olvido, no puede aceptar fundirse en la masa indistinta de los "sin nombre". Quiere residir para siempre en el mundo de los vivos, sobrevivir entre ellos, en ellos, permanecer como sí mismo, distinto a cualquier otro, gracias a la memoria indestructi-

tiempo del aljibe- a partir de cierta forma que tuvo Avelino de estar en la historia -tiempo del fluir de la acción. Borges descubre o inventa este Avelino (le proporciona "nombre" y "renombré", en términos de Vernant) y, al hacerlo, ayuda a ser lo que otros (por ejemplo el diario *El Día*) ayudaron a que se esfumase, a que cayese en la masa indistinta de los "sin nombre", si seguimos nuevamente a Vernant.

Por cierto, podría objetarse que esto forma parte, desde los tiempos homéricos (*los dioses tejen desdichas a los hombres para que éstos tengan objetos de canto*), de las prerrogativas, y de la práctica frecuente, de la literatura. Sin duda. Sin embargo, eso no quita que la soledad de Borges en esa tarea solo sea equiparable a la soledad de Avelino en la suya.

La conversión de Avelino en héroe -esa universalización que realiza Borges- no pasa solamente por hacer del oriental un epítome del diálogo entre Parménides y Heráclito, una instancia en que se tensan eternidad e historia. Esa operación pasa, además y sobre todo, por la construcción de un héroe que, en términos aristotélicos, podría considerarse un héroe trágico, en la medida en que posee virtudes en grado superior a la media de los hombres.

Por lo menos dos son las virtudes en grado superior a la media que posee Avelino, según Borges. La primera de ellas, y como no podría ser de otra manera en este autor, tiene un carácter paradójico: Avelino es radicalmente sobrio, extremadamente moderado, fuertemente morigerado

Antes de considerar el tratamiento que Borges hace de esto, veamos lo que al respecto dice *El Día*, por ejemplo, cuando cuenta que Avelino, al no obtener el aumento de sueldo solicitado y abandonar el almacén en el que trabajaba, sin embargo,

continuó observando la misma conducta morigerada y sobria, con sus hábitos de aislamiento, sin mayores expansiones que su visita diaria a un centro de reunión de amigos donde si le tocaba jugar lo hacía con sus hermanos, a fin de dar menos interés al juego y evitar de ese modo sus consecuencias funestas muchas veces. No consta

ble de su nombre y de su renombre." "Mort grecque à deux faces", pág. 89, in *L'individu, la mort, l'amour*, Gallimard, 1989.

que Arredondo tuviera entradas a la cárcel, por pendencias, escándalos o delitos análogos.

Coincidentemente, *El Día* refiere la opinión de Demateis, dueño del almacén en que había trabajado Avelino. Demateis declaró a ese periódico que

Avelino Arredondo era de carácter sumamente pacífico, que vivía consagrado exclusivamente a su trabajo hasta el momento de abandonar su casa de negocios, y no le conocía opiniones políticas, ni amistades que pudieran exaltar su temperamento tranquilo. Agregó Demateis que después de salir por las causas expuestas [aumento de salario negado] Arredondo continuó cultivando con él estrecha relación y visitaba con frecuencia su casa, no recordando que en ninguna ocasión se hubiera manifestado impetuoso y violento, por cuyo motivo se le consideraba incapaz de un hecho como el que ha llevado a cabo.

De este retrato que pinta *El Día*, se desprende un individuo cuya señalada moderación es el eufemismo encontrado para nombrar la ausencia de ánimo, para nombrar el pequeño ánimo, es decir, el pusilánime. Véase: Avelino no solo "continuó cultivando" con su antiguo patrón "estrecha relación", sino que "visitaba con frecuencia su casa", aun después de haber perdido el trabajo como consecuencia de la negativa de éste a acordarle aumento de salario. Por otra parte, Avelino, en nombre de la prudencia ("evitar [...] consecuencias funestas") retaceaba sus momentos de esparcimiento, reduciéndolos a jugar a que jugaba con sus hermanos, a hacer como si jugara ("si le tocaba jugar lo hacía con sus hermanos, a fin de dar menos interés al juego"). Esta moderación, esta sobriedad, esta conducta morigerada no pintan un espíritu que, en el equilibrio que alcanza la razón que delibera consigo misma, concluye en la necesidad del magnicidio. No: esta "moderación" es el piadoso nombre que asume la pusilanimidad. La prueba de esto es la conclusión del Sr. Demateis: "se le consideraba incapaz de un hecho como el que ha llevado a cabo."

Contrariamente, la sobriedad y la moderación que alcanza el Avelino Arredondo de Borges no son formas eufemísticas de nombrar la falta de temple, sino que son formas paradójicas, formas que juegan con la oximorónica figura de la *extrema moderación*. En efecto, Aveli-

no extiende la sobriedad hasta el límite de la purga, del vacío de amigos, relaciones, familiares, novia, libros (salvo la Biblia, como se dijo antes), periódicos, salidas, etc. La sobriedad de Avelino, en Borges, se realiza en forma extremada en el encierro, en la purga de toda mundanidad, en la nada del aislamiento. Esa sobriedad, en el Avelino de Borges, no es un rasgo de personalidad o “temperamento”, ni es un sinónimo apagado de su condición pacífica. No se define por lo que le falta, no es ausencia de ebriedad. En ese sentido, es congruente que Borges dé lugar preponderante al detalle que ilustra el desconocimiento personal que tenía Avelino de Idiarte (cf. supra: “Preguntó cuál era el presidente. Le contestaron: -Ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo”). En Borges, esa ignorancia de la persona de carne y hueso trasunta un conocimiento de la razón voluntariosa: nada “personal” tenía Avelino en contra de Idiarte. La pasión no ciega a Avelino; éste, únicamente, no puede ver a Idiarte, porque lo desconoce en su dimensión de persona.

Con esto estoy queriendo decir que esa moderación es una virtud, una fortaleza, un estado alcanzado gracias al ejercicio de la voluntad, segundo rasgo heroico que Borges atribuye al personaje. Este Avelino no es “naturalmente” sobrio, sino que, heroicamente, construye su moderación mediante un ejercicio, mediante una ascesis de la voluntad en el dominio de sí. Veamos los siguientes pasajes, en los que se percibe que, para el Avelino de Borges, el aislamiento y el retraimiento son disciplina, son tensión de la voluntad:

Eran todos montevideanos; al principio les había costado amistar-se con Arredondo, hombre de tierra adentro, que no se permitía confianzas ni hacía preguntas.

Se mudó a la pieza del fondo, la que daba al patio de tierra. La medida era inútil, pero lo ayudaba a iniciar esa reclusión que su voluntad le imponía.

La voluntad también se tensa, como se vio antes, en la lectura, ya sea para practicarla: “La cursó página por página, a veces con interés y a veces con tedio, y se impuso el deber de aprender de memoria algún capítulo del Éxodo y el final del Eclesiastés.”; ya sea para renunciar a ella: “Ávido lector de periódicos, le costó renunciar a esos museos de minucias efímeras.”

También su cotidianeidad es atravesada por el ejercicio de la voluntad: “Al principio quiso construir una rutina.”

Compárese este Avelino voluntarioso y conocedor de “su meta” (“Sabía que su meta era la mañana del día veinticinco de agosto.”), paciente por opción, estoico por vocación, con el Avelino “tímido e irresoluto” que pinta *El Día*:

Sus amistades están contestes en afirmar que nadie sospechó el proyecto que acariciaba, pues no dejó traslucir en un detalle siquiera sus intenciones. De natural bondadoso, tímido e irresoluto, alejaba, por otra parte, toda presunción de un acto de violencia como el realizado. Tampoco se conocían en Arredondo vicios o apasionamientos, ni frecuentaba sitios de propaganda política. De costumbres sencillas, vivió durante cinco años, es decir, desde niño, detrás del mostrador de un almacén, soportando pacientemente las impertinencias de una concurrencia heterogénea, sin que jamás manifestase contrariedad, a estar a lo que informa su ex patrón, el señor Demateis.

Ciertamente, podría argumentarse que este vaciamiento en Avelino Arredondo de todo espíritu trágico o heroico, que realiza la prensa de la época sin que hasta ahora se haya revertido la perspectiva, es congruente con un proclamado deseo de paz que hay en la sociedad finisecular, deseo reñido con cualquier celebración de acto violento, el cual solo puede ser equiparado a una “soncera”, tal como postula el epígrafe de este capítulo¹¹. En ese sentido, la trivialización y el achatamiento de Avelino Arredondo serían entonces la solución al problema de haber alcanzado la paz gracias a la muerte violenta de Idiarte Borda. En lugar de reconocer, celebrar y agradecer el acto cumplido por Avelino, se prefirió imaginar un Avelino inverosímilísimo agente de tal acto. De esa manera, la insoluble contradicción que supone *violencia generando paz* es resuelta mediante el fácil expediente que consiste en negar -para poder echar en el olvido- el primer término.

¹¹ O como propio de “salvajes”, según da a entender, por ejemplo, Eduardo Acevedo: “Tres observaciones salientes sugería al pueblo el cuadro de esta guerra civil: la reacción radical contra el degüello de los heridos; [...] Los adversarios heridos son solícitamente atendidos en uno y otro campo, revelándose con ello que habían desaparecido los odios salvajes de las anteriores contiendas” (14-15).

En lo que sigue, procuraré mostrar cómo, para *El Día*, Avelino Arredondo es el inverosímil autor de la ejecución porque ese acto no necesitó agente, al sobrarle los motivos, causas o razones que lo explican. Posteriormente, consideraré el alegato de la defensa de Avelino Arredondo.

3) LA EJECUCIÓN, SEGÚN *EL DÍA* Y *LA RAZÓN*

¿No encontrarán los pueblos civilizados el medio de oponer una defensa común e incontrastable a la amenaza de la barbarie cosmopolita?

(*La Razón*, 10/VIII/97, a propósito de la ejecución de Cánovas del Castillo y del fallido intento contra Félix Faure)

Quizás se recuerde que el Avelino Arredondo de Borges explica su encierro como una manera de asumir la total responsabilidad del acto, la absoluta ausencia de complicidades o, tan siquiera, incitaciones:

– Soy colorado y lo digo con todo orgullo. He dado muerte al Presidente, que traicionaba y mancillaba a nuestro partido. Rompí con los amigos y con la novia, para no complicarlos; no miré diarios para que nadie pueda decir que me han incitado. Este acto de justicia me pertenece. Ahora, que me juzguen.

En este sentido, Borges parece coincidir con lo que la prensa repite¹²: la soledad y el silencio en que Avelino pergeñó su acto (por ejemplo, dice *El Día*: “Sus amistades están contestes en afirmar que nadie sospechó el proyecto que acariciaba pues no dejó traslucir en un detalle siquiera sus intenciones”).

¹² Así se refieren las declaraciones del propio Avelino: “Arredondo se mantuvo muy tranquilo después de su obra. No ha hecho mayores alardes; pero tampoco ha tenido inconvenientes en responder a las preguntas que le hicieron el Jefe Político [...] Arredondo manifestó que hacía mucho tiempo que se había forjado el plan de matar al señor Borda, creía que él era el culpable de todos los males del país y quiso remediarlo todo de un golpe. Últimamente había abandonado sus proyectos, probablemente al ver que se habían iniciado las tratativas de paz. Declara que el plan y la revolución es obra completamente suya” (*El Día*, 26 de agosto de 1897).

Por cierto, las declaraciones tanto de Avelino como de sus amistades son fundamentales puesto que procuran anticipar y disipar la sospecha de que el ejecutor habría actuado junto a otros, o bajo la orden -o la instigación- de otros. Esta acusación es la que las hermanas Idiarte hacen pesar sobre *El Día*, la masonería y el futuro presidente Batlle: “Unos días antes del asesinato, Batlle penetró con otra persona en una peluquería y sin reparar que lo podían oír, dijo acaloradamente: *Hay que matar a Idiarte Borda.*”, lanzan las hermanas Idiarte Borda, luego de haber explicado:

También el crimen habría sido propuesto en las logias. La masonería que no contaba a Idiarte Borda entre sus adeptos, no podía perdonar a este su independencia [...] poco después la masonería será omnipotente en el Uruguay. (462)

En ese sentido, es comprensible que la prensa, en particular *El Día*, anticipando posibles suspicacias buscara mostrar la soledad en que actuó Avelino. Años más tarde, Eduardo Acevedo dará la absolución a la prensa de la época:

En cuanto a las sugerencias de la prensa, cabe decir que la mordaza impuesta por el Gobierno del señor Idiarte Borda acababa de quedar sin efecto y que los diarios todos parecían haberse puesto de acuerdo para predicar la necesidad de la paz. Se encontrará, sin duda, en los artículos de esos días, apreciaciones vehementes inspiradas en altos sentimientos patrióticos. Pero por más que se lea, no se encontrará en ellos una sola línea que pudiera sugerir a nadie la idea del asesinato político que, como decía “*El Siglo*”, no por ser político, dejaba de ser crimen. (30)

Por su parte, el Avelino de Borges declara: “no miré diarios para que nadie pueda decir que me han incitado”, fórmula que sin expedirse sobre la existencia de una prédica periodística, declara su inutilización gracias a la renuncia de Avelino. Volveremos sobre esto al considerar el alegato de Melián Lafinur, quien se aboca a exculpar a Avelino mostrando la “actitud amenazante” que tuvo la prensa en los días previos.

Sin embargo, la insistencia en la absoluta discreción que rodeó el acto de Avelino Arredondo -en la insospechabilidad e inverosimili-

tud de éste como agente- llama la atención, sobre todo cuando se la compara con la insistencia en la ausencia de discreción con que se fue perfilando el acto mismo, la ejecución misma. En efecto, aparecen en *El Día* numerosos comentarios acerca del carácter “anunciado” de esta muerte.

Por ejemplo, estas líneas, extraídas del editorial de *El Día* del 26/VIII/97:

El presentimiento de lo que iba a suceder estaba en todos; adivinaban que algún aniversario patrio venía lleno de amenazas, tanto los hombres de la situación como sus más resueltos adversarios. ¿De dónde iba a partir el golpe? ¿Era una bala perdida de esas que llevan la muerte a centenares de miles de nuestros inculpables hombres de campaña?

Gracias a un procedimiento típicamente literario (referir una voz popular, proferida por un coro o, como en este caso, por “todos”, es decir, “tanto los hombres de la situación como sus más resueltos adversarios”), se produce una especie de predicción retrospectiva, cuya única interrogación es sobre el origen y modalidad del acontecimiento sentido, y no sobre su existencia misma, que queda presupuesta e incuestionada.

Lo afirmado por *El Día* en el editorial coincide ajustadamente con lo dicho en su crónica de los sucesos:

El desfile militar prometía estar interesante: todos los batallones bien vestidos, bien disciplinados, ofrecían un gran golpe de vista. Pero el público, por cierto, no respondía a las expectativas de la jornada. Muy poca gente andaba por las calles, muy pocas familias estaban en los balcones. La anormalidad que importaba aquel regocijo oficial en aquellos momentos tan solemnes y tan tristes producía una impresión de malestar incontrastable. Para completar el mal efecto habían empezado a circular los peores augurios. Muchos de los curiosos que andaban por las calles se mostraban recelosos, así como sintiendo la proximidad de algún acontecimiento grave.

Para esta crónica, la escasez de público en calles y balcones, el retiro de las “familias” hacia la intimidad protectora de la casa, la condición de “curiosos” -y no de “patriotas” o “ciudadanos” o “vecinos”-de quienes circulaban por la calle, todos estos detalles fun-

cionan como otras tantas pruebas retrospectivas del carácter tan ineluctable como palpable de la ejecución que se iba a producir. Asimismo, la crónica hace intervenir la voz del rumor, la voz sin cara, portadora esta vez de los “peores augurios”.

Prosigue la crónica:

La gran iglesia estaba como nunca, escasa de concurrencia [...] Se supo bien pronto que la policía, que, en el fondo sentía también las inquietudes que flotaban en la atmósfera, había resuelto prohibir el acceso a las alturas.

Nuevamente, el excepcional (“como nunca, escasa de concurrencia”) retiro de la gente funciona como presagio, como puede suceder en las catástrofes de la naturaleza, en las que se atribuye a los animales la capacidad de sentir lo que se viene: “la policía [...] sentía también las inquietudes que flotaban en la atmósfera”. La narración, obviamente retrospectiva, hace de esta “amenaza”, “peor augurio”, “acontecimiento grave” un acto de ocurrencia tan ineluctable como sensorialmente asibles son sus presagios: como un acto en que las fuerzas de la naturaleza anuncian su próximo desencadenamiento. (El vocabulario meteorológico vuelve a metaforizar el acontecimiento cuando *El Día*, al referir las muestras de desesperación y congoja de la novel viuda, dice: “Parece que al estallar la tempestad en casa del señor Idiarte Borda...”.)

Decía yo antes que lo presentido, augurado, sentido, rumoreado y afirmado previamente a la ejecución de Idiarte Borda contrasta con la condición absolutamente imprevista e inverosímil de la mano ejecutora, de Avelino. Si, para la prensa, Avelino padece de déficit de verosimilitud en tanto que ejecutor de Idiarte, la ejecución de Idiarte padece de exceso de verosimilitud: solo podía creerse que sucediera eso, solo podía suceder eso. Para la prensa, la ejecución de Idiarte abandona el dominio de lo retórico (de lo verosímil o inverosímil, de lo que puede ser tanto como no ser) para incorporarse al dominio de lo que no puede no ser, de lo necesario, lógica o naturalmente. Claro está que, como tantas veces, ese traslado de un terreno a otro es un puro efecto discursivo, tal como estoy tratando de mostrar en estas líneas.

La prensa asienta este exceso de verosimilitud de la ejecución en el exceso de motivos que la fundan. Así por ejemplo, en el editorial de *El Día* más arriba citado se afirma:

[Idiarte Borda] Parecía ser, por sí solo, la única y exclusiva causa de las desgracias públicas: una especie de voluntad maligna ciegamente obstinada en torturar las fibras más sensibles del organismo patrio. Más todavía: para afirmar este concepto, para irritar más aun al país, había tenido la desdichada idea -de la que ninguno de sus amigos, mejor inspirados, pudo apartarlo- de celebrar en los días mismos en que la guerra recrudecía y se recibían noticias de nuevos y abundantes derramamientos de sangre, fiestas y regocijos públicos... ¿Podía el país vivir por más tiempo sometido a una voluntad envuelta en las tinieblas de tan honda inconsciencia moral?

Creo que este párrafo alcanza para mostrar el movimiento que no solo funda como necesidad lo que es pura contingencia histórica, a saber, la ejecución de Idiarte, sino que también y sobre todo, al realizar tal operación, soslaya al agente. Poco importa el agente de aquello que solo puede producirse, poco importa el agente del suceso que no puede más que suceder.

La necesidad de la ejecución se desprende de la maligna y solitaria condición de Idiarte Borda. Así lo dice *El Día*: "Parecía ser, por sí solo, la única y exclusiva causa de las desgracias públicas...". Esa solitaria y maligna condición es actualizada y subrayada una y otra vez al referirse a los "curiosos" y "mirones", como omnipresente (cf. supra) y descalificada (y descalificante) categoría interesada en el finado presidente:

Esta mañana a las nueve la casa de Idiarte Borda estaba llena de gente. La policía impedía la entrada a los curiosos. La vereda de enfrente a la casa estaba atestada de mirones.

A las doce de la noche había cesado la afluencia de curiosos y solo quedaban en la casa los amigos. Hasta las dos de la mañana la concurrencia fue numerosa. Figuraban en ella los ex ministros, algunos militares, muchos diplomáticos. [...] A las cuatro de la mañana, la casa estaba sola. Estaba en la sala nada más que la guardia y algunas personas vinculadas a la familia.

Véase que cuando la asistencia no está compuesta de “curiosos” y “mirones”, lo está por “muchos diplomáticos”, es decir, personas por definición ajenas a la nación. Vale la pena cotejar las diferentes soledades puestas en juego. En el caso de Idiarte, está en juego un imaginario según el cual *maldad* y *soledad* se imbrican, y la segunda es síntoma insoslayable de la primera. En el caso del Avelino de la prensa, su soledad es garantía de la inocencia de los otros, es prueba de la ausencia de complicidades. En el Avelino de Borges, la soledad es rasgo constitutivo de su condición de héroe: más que por estatus o títulos, un héroe se caracteriza por la radical singularidad de su destino, el prestigio de sus hazañas, la conquista de una gloria que le pertenece (Vernant 217).

Por otra parte, *El Día* se solaza con ciertos detalles que grotescamente circunscriben la solitaria figura presidencial como, por ejemplo, los pormenores que aparecen en el relato de lo que sucedió con el banquete preparado en Casa de Gobierno, una vez que se supo que el presidente no llegaría hasta ahí.

La noticia de la muerte del señor Idiarte Borda no produjo mayor consternación en la Casa de Gobierno, como se prueba por el hecho que pasamos a describir. [los empleados se lanzaron sobre] el soberbio lunch. No quedó una masa, un sándwich, una botella... Pero por suerte nadie salió con síntomas de envenenamiento.

Un efecto de humor semejantemente burlón se produce al retomarse la descripción de la fulminante viudez de la señora de Idiarte. El pasaje se atiene a los cánones literarios de la época, y proporciona sin escatimar crudos detalles naturalistas:

Pero lo más atroz se produjo cuando la verdad llegó a oídos de la señora Idiarte Borda que se encontraba en cama, enferma. No hubo tiempo siquiera para prodigarle palabras de consuelo porque instantáneamente perdió la razón y lanzándose de la cama empezó a correr por las piezas, llamando a su marido a gritos, buscándole por detrás de los muebles, debajo de la cama, por todas partes. La escena fue horriblemente conmovedora. Los hijos de la enferma la rodearon, no la abandonaron un momento e hicieron cuánto estuvo en sus manos para tranquilizarla. Se le dio bromuro varias veces pero todo

fue inútil. La desventurada señora pasó una noche atroz; sin descanso ni alivio de ninguna clase. [...]

Si en un primer momento *El Día* parece mostrar cierta compasión y simpatía en el detallado dolor, por lo menos para con la viuda, ya que no para con el finado presidente, al retomarse y renombrarse el doloroso estallido de la señora de Idiarte bajo la expresión “estallar la tempestad” (cf. supra), la anterior descripción se tiñe de ambigüedad. El dolor ante la muerte del esposo es nombrado en términos meteorológicos, lo que lo despoja de cualquier singular humanidad, y vuelve el padecimiento grotesco y risible.

Un ejecutor inverosímil, una ejecución necesaria -una ejecución que no podía no ser-: la índole esencialmente política -contingente- del acto de Avelino Arredondo se diluye, como se diluyó su protagonismo. Vale la pena observar que, el 31 de agosto, menos de una semana más tarde, la prensa ya recurre a la expresión metonímica “El crimen del 25 de agosto” (como quien dice “las inundaciones del 59”), para nombrar en sus titulares (y no solo ahí) la ejecución de Idiarte Borda a manos de Avelino Arredondo.

Un mes después, el 25 de setiembre, ese acto persiste en la prensa bajo la forma de un solitario anuncio de la familia, que participa de la misa en sufragio del alma del fallecido presidente.

4) EL ALEGATO DE LA DEFENSA: RESPONSABILIDAD LIMITADA

“Este acto de justicia me pertenece. Ahora, que me juzguen”
(Declaración del Avelino Arredondo de Borges)

“Omnes boni Cæsarem occiderunt”

Como había sido adelantado, también el alegato que presentó la defensa de Avelino, en las diferentes instancias en que fue juzgado, tuvo por efecto la disolución de cualquier componente heroico e, inclusive, la disolución de su condición de autor de la muerte del presidente. Esta postura defensiva es adoptada luego de varias poses previas.

En primer lugar, el título del opúsculo que publica Melián Lafinur explícitamente declara la índole “política” de la causa contra Aveli-

no Arredondo. En varias oportunidades, esto se reitera en el cuerpo del texto, por ejemplo: “la causa de Arredondo, enjuiciado por un delito político, cometido en obediencia a desinteresados móviles de patriotismo.” Melián, cuyo pedido de sobreseimiento de Avelino por el artículo 4 del Pacto de Pacificación¹³ de setiembre de 1897 había sido negado, intenta mostrar reiteradamente el carácter político del acto cometido por Avelino. Sobre este registro, intenta el difícil ejercicio de afirmar la índole condenable del delito (“me despojé de toda preocupación fundada en mis opiniones personales que son radicalmente contrarias al homicidio político”, “extravíos como el de Arredondo”) pero sumamente comprensible (“Los gobiernos que impulsan al fratricidio y la matanza, y las guerras, con especialidad las civiles, sacan una sociedad completamente de quicio, y así como dan lugar a horribles batallas en que corre la sangre a torrentes, dan lugar también a extravíos como el de Arredondo, por móviles patrióticos y nobles, y a extravíos repugnantes y criminales como el de prolongar una contienda para robar y hacer negocios.”), y, por lo tanto, perdonable.

Planteada la índole política de la causa, y luego de la principista declaración condenatoria del “homicidio político”, Melián Lafinur se dedica a mostrar que quizás éste sea tan comprensible como inevitable, al punto que “grandes pensadores” lo han defendido: “el tiranicidio ha sido y será siempre una teoría defendida por grandes pensadores”. Siguiendo este razonamiento, es decir, recordando el abolengo de la institución, Melián Lafinur evoca una serie de ejemplos:

Si en el Río de la Plata se localiza el problema, ¿quién no recuerda la propaganda de Rivera Indarte contra Rosas? [...] Y nuestro himno nacional, que aprendemos de memoria cuando niños, viene desde 1833 repitiendo *Si enemigos, la lanza de Marte / Si tiranos, de Bruto el puñal*. [...] ¿Hay un solo ciudadano, pregunta el célebre tribuno, que

¹³ Decía el artículo 4: “Se mandará sobreseer en toda causa política o militar procedente de la lucha actual, ordenándose que nadie pueda ser procesado ni perseguido por actos u opiniones políticas anteriores al día de la pacificación.” El argumento que excluyó a A. Arredondo de esta amnistía fue su condición de colorado o, mejor dicho, de no blanco.

no haya deseado la muerte de César, o que no la haya aprobado? [...] Y viene aquí la cuestión eternamente debatida de si vale la pena un tiranuelo de que se perturbe y ensangrienta una sociedad entera [...] o si no es preferible que sea él la única víctima en un atentado a lo Bruto o Carlota Corday, ahorrando con la desaparición del único causante de los males, el honor de una guerra con todas sus inevitables consecuencias.

En estos pasajes del alegato de Melián, aparecen los mismos ejemplos de magnicidio que, ochenta años más tarde, Borges nombra en el párrafo (cf. supra) en que comenta "Avelino Arredondo" en el epílogo al *El libro de arena*. El único ejemplo ausente en Melián y agregado por Borges es John Felton. Sin duda, podría aducirse que estos ejemplos (Bruto, Corday) son íconos del tiranicidio como institución histórica, que constituyen sus insoslayables *loci*. Sin embargo, la común referencia a Rivera Indarte y a versos del himno uruguayo vuelve difícil una coincidencia no motivada en el previo conocimiento, por parte de Borges, del alegato de Melián. (Tanto más, podría agregarse, que el verso del himno uruguayo citado por Borges forma parte de las estrofas que no se cantan.)

Sin embargo, estos pasajes del alegato citados permiten, además de la nota filológica que señala la coincidencia textual Melián/Borges, observaciones sobre la divergencia a la que dan lugar, en Melián y en Borges.

En efecto, en Borges, como dije antes, los ejemplos citados sirven para instalar a Avelino Arredondo en un linaje de héroes. En cambio, en Melián, los ejemplos citados forman parte de una estrategia de exculpación -de desresponsabilización- de Avelino. Así por ejemplo, la cita ciceroniana, que hace Melián, de la Segunda Filípica prosigue:

¿Hay un solo ciudadano, pregunta el célebre tribuno, que no haya deseado la muerte de César, o que no la haya aprobado? Todos son pues culpables porque en cuanto lo han podido todos los hombres honrados han muerto a César (*omnes boni Cæsarem occiderunt*). A unos han faltado los medios, la resolución a otros, la ocasión a muchos, pero la voluntad a nadie.

Por esta afirmación *-omnes boni Cæsarem occiderunt-*, la responsabilidad individual del tiranicida no solo queda diluida en la responsabilidad colectiva, sino que se convierte en un acto de *hombre honrado*. Podría objetarse que si el procedimiento ciceroniano no redundó en un borramiento de la figura de Bruto, no habría razón para que ese mismo procedimiento -alegar la responsabilidad o, por lo menos, la voluntad colectiva- redundara en el borramiento de la figura de Avelino. Sin embargo, a mi parecer, esto así resulta por el giro que toma el alegato de Melián. En efecto, una vez afirmado el común deseo de tiranicidio y, por lo tanto, la relativa responsabilidad individual de la ejecución, Melián prosigue socavando esa responsabilidad singular a través del retrato que hace de Avelino:

El pueblo estaba sugestionado por la prensa y la prensa lo estaba por el pueblo. La sugestión anula la individualidad y convierte en fanático al creyente. En el mundo de la sugestión en que Montevideo respiraba sobre la necesidad de barrer el obstáculo que se oponía a la concordia de la familia uruguaya, al adolescente que tenéis delante de vosotros le tocó, señores jurados, la misión de ser el brazo de la venganza popular. [...] jamás el medio de la sugestión actuó en un cerebro más dispuesto para recibirla según la idea que Arredondo había concebido de sus patrióticos deberes. La propaganda lo enardeció; y la leva, y el cinismo del gobernante, y el lujo que desplegaba [...] le pusieron el revólver en la mano y bravamente lo descargó contra el causante de los males de su patria.

A partir de una sentencia -“la sugestión anula la individualidad”- y de una afirmación -“la sugestión en que Montevideo respiraba”-, Melián retrata un Avelino reducido a “brazo de la venganza popular”. Por esta metonimia, Avelino pierde su individualidad y se integra a un cuerpo -el cuerpo de la venganza popular- en el cual ocupa el lugar de “brazo”. Contrariamente a otros usos de esta socorrida metonimia¹⁴, aquí el brazo no encarna la totalidad del cuerpo al que pertenece, sino que pasa a ser parte de un cuerpo ajeno. Amén de esta reducción de responsabilidad, se produce otra: el “brazo” de

¹⁴ Cf., por ejemplo: “y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.” *Quijote*, I, XXII.

Avelino -componente de otro cuerpo- recibe pasivamente el arma: "le pusieron el revólver". Avelino, para Melián, es un brazo sin cabeza.

Melián prosigue su defensa subrayando el estado del arma utilizada:

los sucesos que exaltaron la mente impresionable del procesado y, por sugestión le pusieron en la mano el revólver viejo e inútil con que atentó contra del vida del Presidente de la República.

En otras palabras: a) el acto no fue decidido por Avelino, sino que éste fue víctima de una sugestión; b) el acto no fue cometido por Avelino, ya que éste fue convertido en brazo de una entidad que lo supera; c) el acto no fue consecuencia de un brazo que empuñó un revólver, sino de un brazo que recibió un revólver; d) el acto no fue cometido por ese revólver, ya que éste es "viejo" y, sobre todo, "inútil".

Sobre el final del alegato, Melián se apoyará en la ausencia de autopsia al cadáver de Idiarte Borda y en los testimonios de peritos en armería para afirmar que si bien Avelino fue autor del disparo, no fue autor de la muerte de Idiarte, quien quizás murió por otras razones, eventualidad para la cual cita variados ejemplos.

La disolución de la responsabilidad de Avelino se alcanza con esta disociación entre efectuar un disparo y provocar la muerte. Según Melián, Avelino disparó, pero Idiarte murió de otra causa. Este último argumento termina de desprender a Avelino de cualquier abo-lengo heroico, insertándolo en un linaje de tontos, incapaz de discernir entre el arma letal y el arma de utilería.

El veredicto de primera instancia admitió como probado que Avelino disparó y que la herida inflingida provocó la muerte de Idiarte. Sin embargo, en la sentencia se encontraron atenuaciones que vale la pena considerar: Arredondo "había procedido con obcecación y arrebató, dados los excepcionales momentos porque atravesaba el país" (Acevedo 28).

Dicho de otro modo, se buscó atenuar la responsabilidad de Avelino, al hacer intervenir las fuerzas que enneguecen (la *obcecación* es una forma de pérdida de la visión) y raptan (*arrebatan*) el espíritu, desposeyéndolo de su pleno goce y usufructo, provocando aliena-

ción. Como se recordará, el acto ejecutado bajo el imperio de la pasión encuentra atenuaciones que la premeditación y la alevosía desconocen. Este imaginario, presente por lo menos desde Eurípides (¿qué culpa pudo tener Helena, objeto de un rapto?) rinde sus frutos: los diecinueve años de Penitenciaría pedidos por el fiscal son reducidos por el juez a una pena de trece años. Igualmente, uno de los jurados que participa en esa primera instancia admite el argumento de la defensa, según la cual no estaba probado que la bala disparada por Avelino hubiera producido la muerte.

Esta última alegación es retenida por el veredicto de segunda instancia que establece "que no estaba probado que el tiro hubiera producido la muerte de Idiarte Borda." A continuación, el veredicto establece, según sigue refiriendo Acevedo, que

Arredondo había procedido estimulado por el patriotismo y el deseo de prestar un servicio a la patria; que había obedecido a sugerencias populares y a la prensa diaria que señalaba al primer mandatario como dilapidador de las rentas públicas, como conculcador de las leyes y como causante de la guerra civil que entonces flagelaba al país.

Se comprende entonces el movimiento que realiza Borges: si el Avelino Arredondo de la prensa y de la justicia es un *no agente* de un acto propio de un Bruto o de una Charlotte Corday, si ese Avelino es apenas un brazo de cuerpo ajeno, si es un brazo sin cabeza propia que obedeció a la sugestión de la prensa; en cambio, su Avelino, encerrado y aislado, será plenamente responsable, es decir, agente y autor de tal acto. Si el Avelino de la justicia es movido por la lectura de la prensa local, si ese Avelino es impresionable por esos "museos de minucias efímeras" que son los periódicos; el Avelino de Borges será movido por la lectura del Éxodo y del Eclesiastés.

5) UN HÉROE

Concluiré estas líneas comentando ciertos rasgos que la prensa de la época atribuye al Avelino encarcelado y que, yendo más allá del reconocimiento de su buena conducta, conspiran contra su eventual dimensión heroica.

Así por ejemplo, las dos siguientes anotaciones, la primera de las cuales parece ser la negación de la índole política, es decir, pública, del acto realizado:

El Diario le envió un interrogatorio por escrito, de cuatro o cinco preguntas, para que las respondiese por escrito también. Se negó Arredondo, contestando [...] que no quería que pareciera que él se estaba jactando de lo que había hecho y quería la publicación. (*El Día*, 31/VIII/97)

Nótese que mientras otros magnicidas, contemporáneos de Avelino¹⁵, no pierden oportunidad de reivindicar las raíces -cosmopolitas: cubanas, filipinas, catalanas, polacas- de sus actos¹⁶, el Avelino de la prensa uruguaya entierra esas raíces en el fangoso humus de la humildad.

Oponiéndose a ese repliegue hacia el discreto humus privado, aparece este otro retrato de Avelino:

Ayer a las 10 de la mañana el señor Alberto Bixio, fotógrafo oficial, fue al Cabildo a retratar a Arredondo, a quien conocía de antes. Arredondo lo recibió con gran naturalidad, recordándole desde el primer momento que ya había sido fotografiado por él hace unos meses. Después le dijo: -Pero estoy muy despeinado... Quisiera arreglarme un poco... Tiene un peine... un peine y un espejito? Bixio que, naturalmente, no traía espejito ni peine, los pidió al comisario Freire Mogaburó. Cuando le fueron traídos, mientras Bixio sostenía el espejo, Arredondo se peinaba prolijamente, se atusaba prolijamente el bigote, pelo a pelo, como si estuviera empeñado en parecer buen mozo en el retrato. El comandante Galarza, allí presente, y el comisario Freire Mogaburó estaban asombrados de la sangre fría de Arredondo. Freire se agarraba la cabeza diciendo: "Pero qué hombre es-

¹⁵ A comienzos de ese mismo mes de agosto de 1897, el italiano Michele Angiolillo había dado muerte en Santa Águeda (Guipúzcoa) a Cánovas del Castillo. A mediados de mes, en París, Félix Faure también había sido víctima de un intento de ejecución.

¹⁶ El italiano Michele Angiolillo declara en reiteradas ocasiones que dio muerte a Cánovas para vengar a los fusilados de Montjuich y expresar su acuerdo con las luchas independentistas en Cuba y Filipinas. El atentado contra Félix Faure se realiza al grito de "¡Viva Polonia!, ¡Viva la libertad!". La prensa uruguaya difunde copiosamente las noticias sobre estos acontecimientos dadas por la prensa extranjeras.

te". Luego, al sentarse ante la máquina, para un retrato de busto, la actitud de Arredondo fue combar el pecho y volver la cabeza a un lado, casi de perfil. – Se me ponía -nos contaba Bixio- demasiado artístico! ¡Parecía un tenor!

Lo dirigió Bixio entonces y le tomó un perfil perdido, de expresión sencilla. Después, para sacarse otro retrato, de cuerpo entero, en pie, Arredondo mismo se puso en posición: la mano sobre el respaldo de su silla, una pierna adelante, la cabeza muy erguida, levantado el pecho...

Mañana publicaremos ambos retratos: Arredondo está en ellos más grueso que en el que publicamos ayer, y con mejor expresión -tal vez porque no usa ya aquel lunar con rulo, debajo la oreja, tan compadrón y antipático." (*El Día*, 27 de agosto de 1897)

(Ante esta crónica, ¿cómo no recordar a Borges pidiendo a Emir Rodríguez Monegal que deje de leer porque si no, no podrá inventar nada?¹⁷ ¿Cómo no sospechar que la memorización del Eclesiastés ("Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo vanidad") que Borges atribuye a su Avelino, admite una lectura grave, metafísica, y una lectura socarrona, física?).

En esta crónica de un mínimo episodio carcelario, es posible observar que lo que pudo haber sido el olvidable pedido de un peine, por arte de la narración, se transforma en una escena de grotesco divismo, protagonizado por Avelino. La inverosimilitud de Avelino Arredondo como figura justiciera o, por lo menos, ejecutora, alcanza aquí su punto máximo: el relato de *El Día* sitúa a Avelino en las antípodas de cualquier heroicidad, de cualquier postura política. Por cierto, esto no se debe a la voluntad de acalamiento de Avelino Arredondo: la *khalos thanatos*, la *bella muerte* del mundo heroico griego, incluye el apresto y particular cuidado de la cabellera¹⁸. No es el

¹⁷ "Borges escuchaba con paciencia mi lectura y mis comentarios, hasta que en un determinado momento me dijo: *Gracias, no me lea más, si no voy a poder inventar nada*".

¹⁸ Cito a Jean-Pierre Vernant: "Belleza de la muerte heroica. Sin duda es con ella que se vincula la regla instituida por Licurgo, según se dice, que imponía a los guerreros lacedemonios el uso de una larga y suelta cabellera, particularmente cuidada en vísperas del combate. [...]. Heródoto nos cuenta un episodio significativo. Antes de poner a prueba la resistencia del puñado de lacedemonios que cuidan las Termópilas, Jerjes envía a Demarata a espiar. Al volver, Demarata informa. Vio a los lacedemonios tran-

hecho -nimo o heroico- de acicalarse lo que impide la heroicidad de Avelino, ni siquiera la impide la distancia entre peinarse para la batalla, como el guerrero lacedemonio, y peinarse para la fotografía del señor Alberto Bixio. No. Avelino queda despojado de heroicidad por el relato que se hace de ese episodio, que lo deja reducido a un relamido divo subalterno.

Así, desde el momento mismo en que se relató, el acto de Avelino Arredondo estuvo destinado al desdibujamiento del ejecutor, a su imposible configuración como héroe, a su pérdida irremediable en algún recoveco del limbo de los pusilánimes y vanidosos, apenas "compadrón" gracias a cierta pilosidad.

De esta engañifa, de este fraudulento desfalco discursivo, quedan dos huellas. La primera es ese curioso héroe que nos lega Borges: un héroe extremadamente moderado, un héroe radicalmente morigerado. La segunda es apenas una sospecha, quizás un anhelo: no es ilícito imaginar que hubo quienes compraron el retrato de Avelino, cuya venta en la *Fotografía de la calle San José número 100*, es anunciada por *El Día*. No es imposible soñar que ese fue el ambiguo y oblicuo homenaje que recibió Avelino de la población de Montevideo.

Alma Bolón
Universidad de la República (Montevideo)

OBRAS CITADAS

- Acevedo, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. Tomo V. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1934.
- Borges, Jorge Luis. "Avelino Arredondo". *El Libro de Arena. Obras Completas*, vol. 3. Barcelona: Emecé, 1996.
- Idiarte Borges, Celia y María Esther Idiarte Borda. *Juan Idiarte Borda. Su vida - su obra*. Buenos Aires, 1939.

quilamente ejercitándose en la palestra, y ocupándose de su cabellera. Estupefacción del rey, que pide explicaciones. "En Esparta, tal es la costumbre, responde Demarata; cuando están por arriesgar sus vidas, esos hombres se preocupan por su cabellera." En vísperas del combate en que la vida está en juego -y en las Termópilas, la alternativa, que es la ley de Esparta, vencer o morir, sin duda se reduce exclusivamente a uno de los términos: bien morir- es una única y misma cosa impresionar al enemigo con un aire "grande, noble, terrible" y prepararse a ser en el campo de batalla un hermoso muerto, semejante en su juventud a Héctor, el admirado de los griegos" (67).

Melián Lafinur, Luis. *Causa política de Avelino Arredondo acusado de homicidio en la persona del presidente de la república. Defensa del abogado Luis Melián Lafinur ante el jurado de primera instancia*. Montevideo, 1898.

Rodríguez Monegal, Emir. "Borges: la traza de la novela". *Plural* 49 (octubre 1975).

Vernant, Jean Pierre. *L'individu, la mort, l'amour*. Paris : Gallimard, 1989.